

BARTRA, Roger. *Melancolía y cultura. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*. Barcelona: Anagrama, 2021, 317 pp. ISBN: 9788433964670

«Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias». Con estas palabras se dirige Sancho Panza a un don Quijote ya derrotado, figura de un Imperio y un siglo en el que todo anunciaba su próxima destrucción. El conocimiento profundo de esa melancolía a lo largo del Siglo Oro español es el tema principal de esta obra, que tiene como objeto reconstruir un capítulo fundamental de la sensibilidad moderna. Se trata de un reto pendiente de hacer, como ya advirtieron Klibansky, Panofsky y Saxl en su obra canónica *Saturno y la melancolía* (1964). En este sentido, este trabajo de Roger Bartra se inserta en una vida académica e investigadora dedicada de lleno a la conceptualización de la melancolía, como buena cuenta dan de ello otros ensayos relevantes como *La jaula y la melancolía* (1987), *El duelo de los ángeles* (2004) y *Melancolía moderna* (2017).

No es de extrañar que esta obra, heredera de *Cultura y melancolía* (2001), sea fundamental para comprender las inquietudes del antropólogo de la Universidad de México. Tras todas estas propuestas se halla un propósito común: esclarecer los orígenes y las configuraciones de la racionalidad moderna. Este es el *cantus iteratus* de la obra: «el sol negro de la melancolía es como una estrella que ilumina el camino hacia una desdichada modernidad» (p. 18). Para tal fin, la estructura de la obra, basada en tres grandes apartados que se subdividen en

un número desigual de capítulos, potencia una curiosa *catábasis* que transita los motivos generales –la cultura del Siglo de Oro español– para desembocar en las causas íntimas de la melancolía moderna. En este punto, su postura sobre la relación de los dos fenómenos –cultura y melancolía– es explícita desde el primer momento: en lugar de concebir la *cultura de la melancolía* o la *melancolía de la cultura*, es necesario apreciar la *cultura como melancolía*. Aunque el autor no lo manifiesta, la cultura a lo largo de la obra se concibe como el esfuerzo prometeico de los sujetos por rellenar la oquedad de la existencia.

Es precisamente esta tematización de la tristeza como *mélaina cholé*, esto es, como una entidad fisiológica –la bilis negra– que conforma un temperamento, la intención del primer capítulo –«Los mitos de la melancolía»–, que hace notar cómo la teoría humoral griega había pervivido en la Edad Moderna. Este es uno de los dos grandes aciertos de esta obra, producto de la visión consolidada del autor, que observa la melancolía como un mito cultural, cuyo sustrato no es biológico, sino metafórico –la negritud de la bilis refleja las oscuridades y abyecciones existenciales–. Más que negar el valor racional del mito como fuente de comprensión, muestra su necesidad para los procesos científicos posteriores.

En segundo lugar, el mérito de la obra reside en la interpretación del mito (de la melancolía) no como un arquetipo jungiano o como una estructura mental similar a la gramática generativa chomskiana sino, al contrario, desde una perspectiva evolucionista. Lo interesante es apreciar si existen en ciertos espacios culturales procesos de transmisión

mimética, a la forma darwiniana o del «meme» en Dawkins, que muestran la selección y mutación de ciertas estructuras simbólicas a partir de las funciones que adquieren en el devenir histórico, cuya constancia icónica depende de su capacidad para la adaptación y la depuración selectiva, en la clave de Blumenberg. Es más, según Bartra, incluso las confusiones o «disturbios semánticos» pueden producir nuevas configuraciones prolíficas, como sería la atenuación de los rasgos negativos de la bilis negra en la época helenística o un error en la traducción latina del Salmo 91 que daría lugar a *daemonium medirianum*: la acedia medieval.

A partir de tales consideraciones, el autor nos va sumergiendo en el discurrir teórico y médico de estos siglos, prestando especial atención a los modelos concretos de comportamiento y comunicación capaces de aunar el sentimiento de soledad con el dogma del libre albedrío, germen del individualismo moderno. Aunque la desolación se sintiese de forma individual, la creación de este sistema global permitía explicar el sufrimiento, tanto a nivel particular como cosmológico. «Así, una manera antigua de insertar al individuo en la sociedad –asevera Bartra– se convirtió en una forma moderna: en esa singularidad irreductible de la experiencia personal» (28).

Este es un punto determinante, pues a partir de esta sensibilidad predispuesta a la soledad y el aislamiento, el autor constata en la época una progresiva desmaterialización y escisión de la melancolía en favor de un proceso que pone en evidencia únicamente las disposiciones afectivas y trágicas del humor. Aunque la materialidad del humor se desvanezca,

permanece incólume su imagen por el poderoso ideario que genera como negatividad y ausencia. La gran transformación que Bartra percibe no se encuentra tanto en la teoría como en la irradiación de la melancolía a todas las esferas culturales.

A este motivo dedica el segundo apartado de su obra –«El Siglo de Oro de la melancolía»– y que, sin embargo, carece de un análisis del término «Siglo de Oro», un concepto de por sí problemático y que, al carecer de asiento cronológico, le lleva a centrarse básicamente en el Renacimiento español, obviando las complejidades barrocas que exceden al *Quijote*. Todo ello se puede constatar en el especial protagonismo que, en este segundo apartado –el más extenso de la obra–, adquieren las figuras de los médicos Juan Huarte de San Juan con *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) y Andrés Velázquez, con su *Libro de la melancolía* (1585), piedra de toque de todo el apartado.

En esta sección recorre disciplinas tan dispares como la medicina, la literatura, la filosofía y la teología a fin de incidir en el factor común: la configuración nueva de la melancolía en el siglo XVI que emana de la «doble oralidad» –siguiendo la interpretación de Agamben– característica de la naturaleza del melancólico. Los sujetos no solo sobresalen en la magnificencia del éxtasis, positivado en las artes o la mística, sino que también tienen una especial propensión hacia su aspecto negativo. Este hecho causó que en una época en la cual la medicina iba aneja a la teología se viera en las personas melancólicas una especial propensión a la dominación demoníaca. «El demonio se alegra con el humor

melancólico», escribió Tomás Murillo en 1672. La desposesión de toda alegría y esperanza escatológica del alma del creyente era un problema creciente en los monasterios medievales, pues acababa degenerando en depresión. Por este motivo, no es de extrañar que los místicos españoles como Teresa de Jesús o Alonso de Freylas se empeñaran en diferenciar sus visiones del humor negro y de mantener una dura disciplina contra quienes eran propensos a la tristeza o a la ociosidad. También es necesario purgar la melancolía para Juan de la Cruz a fin de lograr el estado contemplativo, pasando por las tinieblas que produce esa luz inasible.

El éxtasis era para los místicos un pequeño rayo de luz que se colaba entre la negrura de la tierra, mientras que para médicos pedestres como Velázquez era un signo inequívoco de alucinamiento. A partir de estas disquisiciones, Bartra categoriza principalmente de tres formas la influencia tenebrosa de la melancolía en el Siglo de Oro: como oscuridad cósmica, como negrura de los fluidos cerebrales o como tiniebla pecaminosa de los placeres de la carne. La última de ellas conforma el final de este apartado segundo, incidiendo en el papel predominante que adquiere el deseo en la melancolía renacentista. En este punto, el autor señala la estrecha correlación existente entre el morbo melancólico y el erótico por el juego de desengaños que entrañaba el placer.

Esta tristeza, que también refleja Villegas en su *Ausencia y soledad de amor* (1565), es muestra de una melancolía renacentista que se encuentra bañada por un fuerte neoplatonismo. Siguiendo las tesis de Américo Castro y Bataillon,

Bartra aprecia que el cariz melancólico amoroso del Renacimiento español descansa en la tristeza judía, que siempre fantasea con un *topos* imaginario que reelabore la pérdida, como sería el caso de Diego de San Pedro, Fernando de Rojas y Jorge de Montemayor.

No obstante, aunque las consecuencias nefastas de la bilis negra se han potenciado históricamente, también existen rasgos excelentes, acudiendo a la terminología del problema aristotélico, o ingeniosos, dentro de un contexto propiamente barroco. Es una cuestión fundamental, pues se trata de un eje vertebrador de la misma Modernidad: el auge de una visión naturalista del cuerpo en detrimento de una noción espiritualizada que conllevaba la presencia de demonios y posesiones que fenoménicamente no se podían explicar.

En el quicio de estas dos posturas se encuentra la constante tensión del sujeto barroco, abocado a escrutar y desentrañar la realidad natural –el alegato a la carnalidad y la mundanidad– a la vez que desea sobrepasar las limitaciones que esta impone. Este es el tema del tercer y último apartado de la obra –«Melancolía y cristianismo»–, donde el autor examina el decaimiento de la interpretación cristiana medieval de la melancolía, que se abre paso para adaptarse a los nuevos requerimientos. Desde su perspectiva estructuralista de un mito como sería la melancolía, Bartra percibe esta nueva transvaloración que se da en la Edad Moderna, cuya mejor alegoría sería «el caballero de la triste figura». Efectivamente, advierte el autor cómo en *El Quijote* se puede encontrar al héroe en duelo que se enfrenta a los ideales medievales con el fin de crear los propios,

esto es, la búsqueda de la autonomía de la mente secular moderna. Paradójicamente, será la liberación de estos heterónomos presupuestos lo que causará la melancolía de la razón moderna: lucha agónica y trágica del sujeto al enfrentarse al desencantamiento del mundo.

Habría, por tanto, en el Renacimiento y el Barroco una transvaloración del sentido negativo de la antigua melancolía sin modificar la estructura originaria, ya que la melancolía cristiana, cuyo modelo sería *Amadís de Gaula*, es imitada por aquella tristeza secular que encarna el Quijote, nuevo Amadís. Ello constituye una metáfora del mundo como teatro y fingimiento. El ingenioso hidalgo se convierte en el reflejo de los innumerables avatares que se dan en vida humana. En palabras de Bartra, «algo tienen en común el cultivo de la sequedad corporal para auspiciar el éxtasis místico, la actuación de un farsante bojiganga disfrazado de Muerte y el juego de prudencias o apariencias cortesanas del «varón desengañado» al que se refiere Baltasar Gracián. Lo que tienen en común es el artificio y la imitación, tan característicos de la cultura barroca» (255).

Cervantes consiguió en el *Quijote* trazar un simulacro para los melancólicos en cuanto que enunció el sinsentido de la tristeza religiosa a la vez que descubrió la tristeza verdadera: aquella que, lóbrega, acecha al hidalgo al final

de su vida al descubrir la naturaleza del mundo. Frente a la melancolía inglesa, que en su puritanismo alienta la inacción por miedo al libre albedrío, los autores españoles como Gracián o Cervantes exploran el mundo sin miedo, descubriendo que la melancolía es producto de un viaje de vuelta. No es Dios quien castiga con la tristeza, sino apreciar que aquel mundo que estaba por descubrir en la visión renacentista deviene fatuidad y sombras. Por consiguiente, la melancolía española radica en su terco albedrío, el cual, ante el miedo puritano, prefiere degenerar en cómica ironía al demostrar que la estabilidad medieval comienza a desquebrajarse con la razón moderna.

Tras un extenso ensayo, Bartra nos ha llevado a través de las distintas «Crisis» de la conciencia moderna para descubrir al final del recorrido que si hay una palabra que identifique la melancolía del Siglo de Oro español es, sin duda, la amarga figura del desengaño. Al igual que Andrés Velázquez hizo en el siglo XVI, el autor de *Melancolía y cultura* nos descubre cómo las *enfermedades del alma* que entonces se configuraron se han convertido en endémicas en nuestro presente.

José Rufino BELMONTE CARRASCO
Universidad de Salamanca
 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0674-4348>